

dante Gottmann había de instalar una batería cubierta á prueba de bomba, construir una aldea para los colonos, con iglesia y cuartel, y matar todas las cabras para que no perjudicaran los cultivos. Sobre la pesca del coral á que en las costas de Pianosa se dedicaban las barcas napolitanas, se impondría un derecho de 3 francos por trimestre, para nutrir «la caja de obras públicas de la isla».

Entretanto, para albergar la guarnición, sólo se disponía de cuevas, con manifiestas señales de haber servido en otro tiempo de tumbas, pues aún se veían los huecos practicados para recibir los cadáveres. El Emperador mandó que «las cuevas se habilitaran para la guarnición. El comandante cuidará de que se limpien, empezando por fumigarlas, de modo que desaparezcan los insectos. El capellán de Campo será nombrado cura de la nueva parroquia y celebrará misa de campaña hasta que se construya la iglesia. La aldea se levantará según planos sometidos á mi aprobación.»

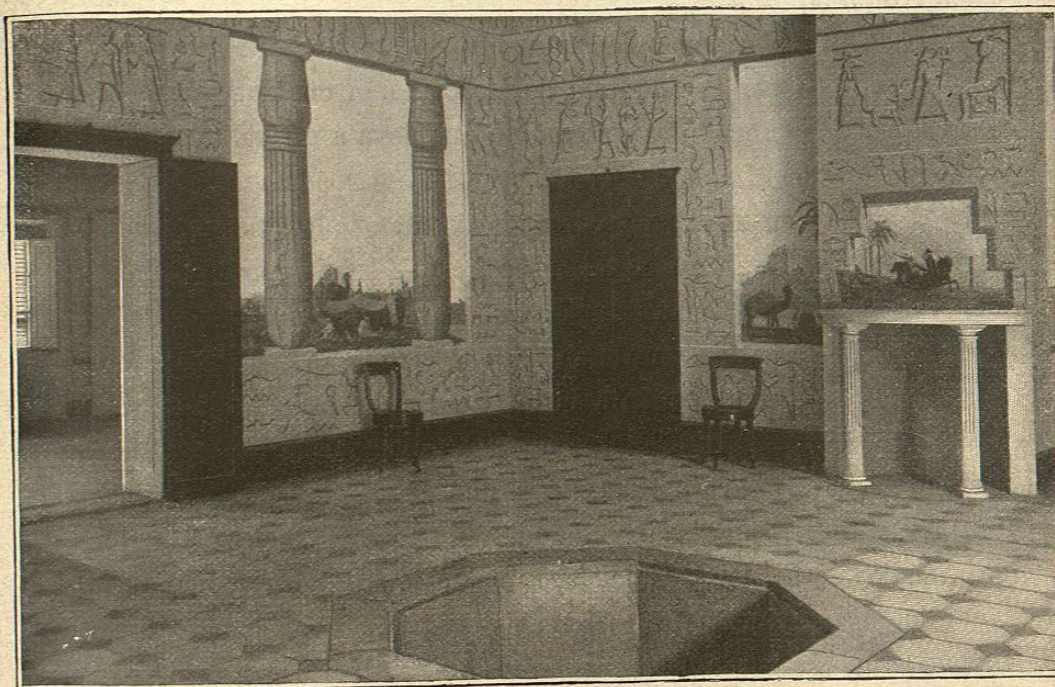
Pero el comandante Gottmann, que en calidad de gobernador interino del islote había llevado consigo á su mujer é hija, no quiso instalarse en una de aquellas cuevas, y mandó al teniente Larabit que ante todo ocupase á los ingenieros en construirle una casa. Respondió el teniente que, después de montar la batería, satisfaría gustoso los deseos del comandante. La discusión se acerbó hasta el punto de que por poco echan ambos mano á la espada.

Metióse por entonces el tiempo en aguas, y durante algunas semanas quedaron interrumpidas las comunicaciones entre Elba y Pianosa, de modo que los expedicionarios se vieron en la precisión de alimentarse de galleta, pescado, moluscos y carne de cabra. En vez de vino, bebieron aguardiente ó vinagre diluido en agua. Se oyeron entre los colonos duras recriminaciones, y hubo alguno que otro acto de insubordinación.

En cuanto fué posible efectuar la travesía, envió el Emperador á la hambrienta colonia un rebaño de carneros, dos vacas lecheras, treinta gallinas con polluelos y algunos cerdos, puertitas y cerraduras procedentes de los derribos de Porto-Ferrajo, y un reloj de arena, á falta de otros. Pocos días después llegó él en persona, con Drouot, á bordo del *Inconstant*, para enterarse del estado de las obras y apaciguar los ánimos.

Al ir á reembarcar, terminada la inspección, sobrevino una tormenta, y el buque no pudo acercarse á la costa, por lo que el Emperador pasó la noche en la isla, expuesto á frecuentes chaparrones. Al día siguiente aprovechó un instante de calma para llegar á bordo, echando pestes contra el mar y contra la marina.

En el inhospitalario arrecife de Palmaiola, que domina el canal de Piombino, se estableció también por entonces, como en la isleta de Pianosa, una batería con la guarnición conveniente (1).



La sala de las Pirámides en la residencia rural de San Martino.

El coronel Campbell no hizo caso al principio de las que burlescamente llamaba «conquistas del Emperador», y con él fué como de paseo á la toma de posesión de Pianosa. Decía Campbell: «El Emperador trabaja para los ingleses, y algún día nos plantaremos en su sitio.» Pero cuando Pianosa se convirtió en un punto estratégico, con todas las reglas del arte, quiso representar inquietamente á Napoleón que el Tratado de Fontainebleau no mencionaba aquella isla. El Emperador desoyó sus reclamaciones (2).

(1) CAMPBELL, p. 210; PONS DE L'H., p. 278, 296, 299.

(2) PONS DE L'H., p. 304; CAMPBELL: *La isla de Elba y los Cien Días*, p. 27.

* * *

No estaba terminado aún el palacio de los Molinos cuando el Emperador quiso poseer otra residencia más apartada de los ruidos de la ciudad, en la reparadora calma del campo. Además, se acercaba el verano y era preciso pensar en resguardarse de la temperatura, ya excesiva en aquel paraje.

El Emperador mandó construir el palacete de San Martino.

Se va allí por la carretera de Marciana. A cuatro kilómetros de Porto-Ferrajo se encuentra un camino que lleva á un valle cerrado en anfiteatro, como el de Montserrat, por una escarpada montaña revestida de viñas en su base y coronada de matorrales y encinas en su cumbre. A media altura se descubre Porto-Ferrajo con su colina, su ciudadela y su rada, en un cuadro que parece extendido adrede para goce de la vista. Aquel punto no tiene el virgiliano hechizo de Montserrat, pero es peculiarmente bello, y por su proximidad á la capital puede servir de «Saint-Cloud» imperial, como desde luego llamaron los veteranos al nuevo palacio.

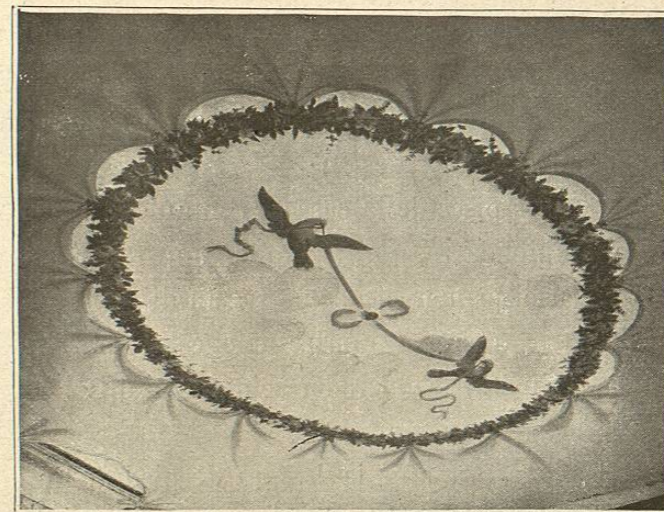
El edificio recuerda uno de aquellos agrestes retiros á lo Rousseau, asilos de Filemón y Baucis, como los vemos en las estampas de fines del siglo xviii. Cuatro paredes blancas, un cobertizo, entresuelo y primer piso, que por la parte trasera resulta también entresuelo á causa del declive del terreno. Alrededor de la casa variedad de árboles olorosos, olivos, encinas verdes, magnolias de hoja lisa y flores carnosas; y en el jardín, senderos umbríos con ojaranzos y pervincas.

Entremos. He ahí el salón de las Pirámides, de ocho metros de ancho por ocho y medio de largo. En el centro, para darle color local, un surtidor con su cuenco, pero sin agua (1). En el techo, los signos del Zodiaco, y en las paredes, columnas egipcias entremezcladas con minaretes, palmeras y cargas de mamelucos, en memoria de las victorias de la primera época. No obstante las afirmaciones del *Memorial de Santa Elena*, de que «los más famosos pintores de Italia se dispu-

(1) *Registro de la isla de Elba*, n. 53: «Se pavimentará de mármol el salón, en cuyo centro se pondrá un cuenco octogonal con un surtidor de estilo egipcio.»

taban el honor de embellecer las residencias imperiales (1),» aquellas pinturas parecían de taberna de arrabal, semejante á una decoración de teatro por su engañosa perspectiva, ya empleada por los romanos y preferida todavía por los italianos para ornamentar sus casas. Sin embargo, no deja de advertirse en ellas habilidad de pincel. Muy

linda era la chimenea de mármol sostenida por dos delicadas columnitas. Allí revivió toda una época, y en el fuste de una de las gruesas columnas pintadas se leía la siguiente inscripción, entre poética y amorosa: UBICUMQUE FELIX NAPOLEON (*Napoleón*



El techo de San Martino y las dos palomas simbolizando á Napoleón y María Luisa.

es feliz en todas partes). El Emperador quiso declarar con ello que estaba satisfecho en su isla y no quería salir de ella.

Pasemos al salón. En el techo revolotean dos palomas, enlazadas por una cinta sobre fondo azul celeste. «El lazo de la cinta se estrecha á medida que las palomas parecen alejarse una de otra.» El Emperador ha sugerido el motivo, deseoso de que cuando llegue María Luisa, vea que no la ha olvidado; pero María Luisa no viene y las palomas siguen volando con su cinta azul.

A la derecha del salón, el aposento del emperador, en un ángulo de la casa. Hay en él una cama de caoba estilo barca, una mecedora y un velador curvado con servicio de porcelana. El conserje asegura que aquella cama fué la del Emperador, pero otros afirman que perteneció al general Bertrand. Ni á uno ni á otro, porque el primitivo mobiliario de San Martino se dispersó como el de los Molinos. Proba-

(1) *Memorial de Santa Elena*, 20 Febrero 1816.

blemente aquella cama fué de Jerónimo Bonaparte y el príncipe Demidoff la llevó á San Martino en 1859 (1). La mecedora carece de historia, y el velador y el servicio los adquirió en la misma isla de Elba el actual propietario de la casa. Pueden proceder del mobiliario de San Martino ó del de los Molinos, cuyos restos compraron en aquella época muchos habitantes de la isla.

El Emperador reunió en San Martino cuantas chucherías se relacionaban con el recuerdo de María Luisa y del rey de Roma. A falta de cuadros, decoró los diversos aposentos con grabados de una obra ilustrada sobre Egipto (2).

Los dos pisos de la casa se comunicaban por medio de una estrecha y empinada escalera; pero el Emperador apenas la usaba, porque residía en el primer piso, que según dijimos estaba á nivel del jardín por la parte trasera. El entresuelo estaba reservado á la servidumbre y á la cocina. El Emperador sólo tenía allí el cuarto de baño, al que bajaba todas las mañanas.

Se conserva aún la bañera de piedra. En la pared, roída por la humedad, un fresco descolorido, como un mosaico de Pompeya, representa una mujer desnuda, en posición echada, con un espejo en la mano y esta inscripción: QUI ODI VERITATEM, ODI LUCEM. (*El que odia la verdad, odia la luz*). La melancólica náyade ha sobrevivido con su inmóvil y gracioso gesto dirigido al imperial bañista, que si amaba la verdad para echarla en cara á los demás, no gustaba mucho de decirla.

* * *

El Emperador resolvió que, para subvenir á los gastos de construcción y reparo de San Martino (3), se cultivara la propiedad, que

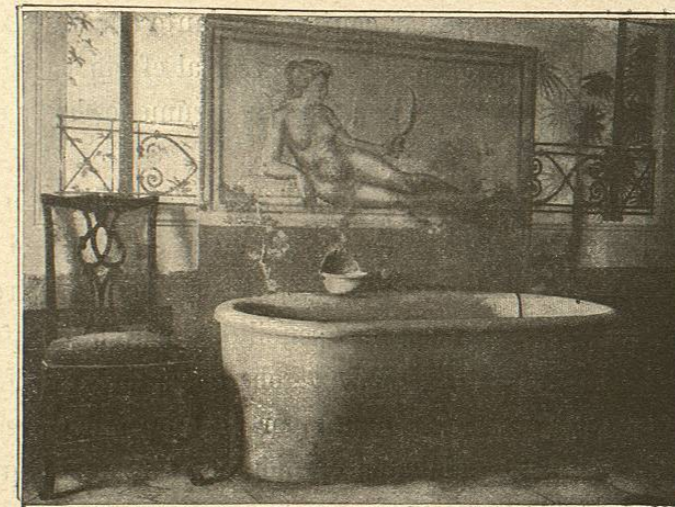
(1) El *Catálogo descriptivo del Museo de San Martino*, publicado por Demidoff, es auténtico. Demidoff recibió el aposento vacío. — «*Aposento del Emperador*. El mobiliario de este aposento ofrece hermosos ejemplares de la industria de los hermanos Jacob, famosos ebanistas de la época imperial. No conservan ningún recuerdo dinástico.» (Los muebles de que habla el catálogo, colocados por Demidoff, desaparecieron también más tarde.) En el mismo *Catálogo* se encuentra: «N.º 260. En el aposento del mayordomo mayor hay una cama de caoba que perteneció á S. A. I. el príncipe Jerónimo.» Esta cama, llamada de Bertrand y traída por Demidoff, es sin duda alguna la que se conserva.

(2) LARABT, p. 69; PEYRUSSE, p. 250. — Era la obra en 12 tomos in folio, publicada de 1809 á 1822 por los sabios de la expedición á Egipto.

(3) Paulina pagó el terreno (PEYRUSSE, p. 251).

no solamente seguiría produciendo verduras y vino (1), sino también trigo. San Martino sería una verdadera granja modelo.

Con la convicción de un celoso propietario expuso el Emperador sus proyectos al mayordomo Traditi, que era agricultor. Pero en San Martino abundaban más los pedruscos que la tierra vegetal. El señor Traditi dejó que el Emperador amontonase idealmente centenares de tallegas de trigo destinadas á aprovisionar la isla en caso de bloqueo, y cuando S. M. hubo concluido, exclamó Traditi en italiano, sin advertir que el Emperador comprendía este idioma: «*O questa, si che è grossa!*» (*¡Esta sí que es gorda!*) (2).



Cuarto de baño del Emperador en San Martino.

Napoleón perdió la serenidad ante aquella franqueza de cara á cara; pero dominándose al instante, se echó á reír y tranquilizó al mayordomo, que en el semblante de los presentes hubo de advertir lo enorme de su inconveniencia.

Al salir de Fontainebleau, el comisario austriaco le había repetido diferentes veces: «V. M. se equivoca; V. M. no tiene razón.» Poco acostumbrado á que así le contradijeran, respondió Napoleón vivamente: «Me decís que no tengo razón y que no tengo razón. ¿Acaso habláis así á vuestro emperador?» El general Koller repuso diciendo que su soberano se enojaría si supusiera que no le hablaba siempre según su pensamiento. A lo que el Emperador replicó, disimulando su mal humor: «En tal caso, está mejor servido que lo estuve yo.»

(1) En el presupuesto de la propiedad había de constar hasta la última hoja y el último racimo.

(2) PONS DE L'H., p. 306, 309 y 310; *Registro de la Isla de Elba*, n.º 128.